Seis poemas inéditos

José Manuel García Gil

LEYENDO AGUJEROS

Aparecer, a como dé lugar,
en un desolado país imaginario,
en un páramo desprovisto de magia,
aparecer en tal o cual habitación recóndita,
en un prado arenoso, en un desierto palacio,
pero no en los brazos del amor que me engendró,
no en la cabeza que me piensa
como rama podrida de un árbol seco
en un bosque ruinoso.
Desaparecer después de haber desaparecido
y aparecer de nuevo
en las arduas bibliotecas del insomnio,
dando voces con los brazos, insistiendo
en el pasado con osadía, reclamando
consideración a quien me ha movido
con un inculto insulto de mi sitio.

LÍNEAS DE DEFENSA

Duró lo que dura la vida: nada.
Igual da que lo midas,
igual da su peso, el radio
de su circunferencia.
Suma cero el olvido,
la ceniza del recuerdo. Tenía
brazos y boca, tenía puertas su cuerpo,
admirablemente vaporoso.
En cambio yo salí por la ventana.
Pude haberlo evitado si hubiese
leído el único papel de sus labios:
se mira pero no se toca, decía.
Pero yo tenía las manos muy largas.

EL PERSEGUIDOR

Sé que alguien me sigue.
De manera cuidadosa y tenaz.
Nadie me lo ha dicho, ni existe
prueba alguna de que las cosas sean así,
pero sé con absoluta certeza
que alguien me sigue.
Nada sé de mi perseguidor pero sí
que la persecución ha comenzado hace tiempo.
Y algún motivo ha de tener quien me persigue,
aunque nadie, salvo el perseguidor, lo conozca.
La persecución es permanente, pero menos
perseguido me siento entre la multitud,
al aire libre, en ciudades llenas de gente ruidosa,
en el vagón de un metro abarrotado.
Entre mil ruidos y reclamos del tráfico,
mucho menos que en casa, menos
que en mi cuarto, sentado solo frente a mi mesa,
escribiendo este poema.
Perseguido me siento más de noche que de día,
cuando dejo la luz del pasillo apagada
para que una sombra vigilante no renazca
en la oscuridad del sueño. Mucho más
en hoteles húmedos, en calles solitarias,
en camas revueltas, en recónditos bares
de barras alargadas, en los bosques
de la noche donde todos los sonidos
se transforman en pisadas siniestras.
Y en esta escolta de hormigas que voy
conociendo en persecuciones dudosas.
En el silencio de cada ruido. En las corrientes
de aire extraño, me siento perseguido.
Asumo que mi perseguidor me alcanzará
inevitablemente al darme la vuelta
en una ocasión venidera. Y entonces
comenzaré a perseguirle.

Habré aprendido de escondites y miedos,
de ladridos y linternas.
Sé desde hace poco que soy a la vez
el perseguidor y el perseguido.
Con los pies heridos y armado hasta los dientes,
trataré de cercarme, de azuzarme una jauría,
que no reconozco como mía, mientras tiemblo
agazapado en la casilla de las tibias y la calavera,
mi turno de partida.

Señores,
se ruega que sigan atentamente el paraguas amarillo:
no lo pierdan de vista, si miran al poeta
se perderán con seguridad del lugar al que van,
todavía indeterminado, aún peligroso.
La entrada es baja, cuidado
con las ideas previas y con los altos sombreros de la soberbia.
Detengámonos de momento aquí:
pueden apoyarse en la balaustrada.
Pero no tocar, la herrumbre es vieja.
Observen las dimensiones del puente.
A pesar de que cabe en un bolsillo, un hombre
ha tardado años en construirlo. Una vida.
Vean, a la izquierda, vean más abajo, por allí
se desciende y se toca el río en su parte más ancha,
la que va a dar al mar que es el morir.
Síganme a la derecha, verán enfrente la cúspide.
Por imposible que les parezca, las tinieblas
suelen enraizar en esta parte por tiempo indefinido:
quien esté rodeado por ellas las verá crecer,
ininterrumpidamente, hacer vida doméstica en las sombras.
Les rogamos que nos sigan. Entramos en un pasillo.
Oigan, al dar una palmada, cuán profundo es el eco,
las voces como murciélagos en estampida.
Desde aquí hasta donde alcanza la lectura hay
escalones que resbalan, hogueras que gotean.
Tengan precaución.
Ahí encontrarán unos ojos de recambio
con que reponer los de quienes hayan quedado cegados
y un mecanismo para escuchar la nieve
golpear contra el fuego.
Esta es la sala principal de la casa.
A ella se reducen todas las habitaciones.
Para que no les llueva,
les recomiendo el exterior, el cielo abierto.

Señores,
veo que se hace tarde, y les quedan
por visitar miles de aposentos y rincones recomendados.
Este lugar es infinito.
Llevará tiempo aprender a recorrerlo.
Les ruego que mañana estén
en el lugar acordado una hora antes de lo previsto.
Mañana
es el día habitual de la destrucción del mundo.

LUBBERT DAS
(Pierre de tête)

el arte debe ser como ese espejo
que nos revela nuestra propia cara.
Borges

Casi consumada la tarde,
poco antes de la hora de cierre,
un guardián del Prado pilló in fraganti
en el museo al vejete andrajoso:
atentaba contra un pequeño cuadro,
valiosísimo
-La extracción de la piedra de la locura-,
del insigne Hieronymus van Aken Bosch,
llamado El Bosco.

Ya en los sótanos del museo,
el interrogatorio se torna serio.
Los policías descubren,
mal disimuladas
entre las ropas percudidas del viejo,
un tarro de trementina, dos o tres
pinceles, una tablita con embarres de óleo.

Ante el creciente acoso, el infractor
termina por pronunciarse:
los tonos del reflejo de la ventana
sobre los cuatro rostros
que componen la escena le siguen,
después de tantos,
tantos años, irritando.
¡Y eso cada vez que visita el museo!

El viejo extrae, miope, de la cartera,
una marchita fotografía de esquinas fatigadas,

una reproducción de la tabla,
mucho más antigua y caducado
su documento nacional de identidad.

La perpleja, sorda autoridad
se portó, claro, inflexible:
ningún derecho tenía
el desaliñado individuo,
por más artista que fuera,
a atentar contra el patrimonio público,
a alterarlo de ninguna manera.
Pero lo soltaron sin consignarlo,
bajo la promesa escrita
de que no lo volvería a intentar.
Se alejó contrariado
-la llovizna desdibujando los álamos-,
gris y cabizbajo, por el paseo triste,
pisándole los talones la locura.

Bien se guardó de contarles
que ese maldito charlatán
del embudo invertido en la cabeza
lo había ya trabajado, más de una vez,
y nadie había advertido nada.

Que al inolvidable cirujano
que extrae a un hombre,
adulto y descalzo,
un tulipán del cráneo,
le había puesto la cara
de jovenzuelo
de su carné de identidad.

ESPECIE DE PARAÍSO

Tengo una biblioteca y una amante.
La biblioteca es alta y profunda
y la amante,
pequeñita, tímida, indocumentada.
Pero la enorme biblioteca tiene
todos los libros escritos
en una lengua que desconozco.
Y mi amante, a pesar de su simpleza,
maneja a la perfección
ese idioma extranjero.
Sin mis libros
me sería imposible vivir.
Y también sin mi amante.
Ambos, estos libros míos
y este don suyo de lenguas,
me proporcionan sabiduría.
No puedo elegir.
Preferiría sin ellos, vivir sin mí.